

sultán en medio de este sedicioso cortejo al antiguo serrallo para presentárselo á su madre. La madre y el hijo se abrazaron y se felicitaron de haberse librado de la suerte de la sultana Mahfiruz y su hijo, sacrificados pocos días ántes por orden de Othman II.

## XXV

Entretanto el invisible Othman hacia aun temblar á los revoltosos. Corrió el rumor de que habia llegado á Scutari disfrazado, y de que iba á volver con una división de genízaros fieles á vengar sus ultrajes, reconquistar el serrallo y matar á Mustafá I. Temiendo los revoltosos por la seguridad de su ídolo, condujeron al nuevo sultán y á su madre á la mezquita de los genízaros para velar allí durante la noche.

Con efecto, Othman no estaba ya en el serrallo; huyendo del violado recinto del palacio, habia llegado, á favor de la oscuridad, á la playa, en donde sus remeros habian preparado las barcas para trasladarlo á Scutari. Pero el terror del serrallo y de los jardines invadidos por los sediciosos habia hecho abandonar

el puesto á los remeros. Ningun marino podia ayudar á Othman á levar el ancla y á manejar uno de sus caiques. Evadióse con Hussein-bajá, su antiguo visir, por una puerta oculta del jardín, y se refugió en un apartamento de la mezquita de los príncipes, próxima al cuartel de los genízaros, para tratar con ellos de su reconciliación é implorar su apoyo. Hussein-bajá llevaba consigo bolsas de oro para tentar la codicia de los soldados.

En el camino, un servidor de Hussein-bajá dijo en voz baja al viejo visir: «¿Es prudente conducir al sultán tan cerca del cuartel de los genízaros, que acaban de colocar en el trono á otro pádischah?»

— «El imperio y la fortuna,» respondió con una religiosa resignación á la fatalidad el antiguo gran visir, «pertenecen á aquel á que se le dan; poco importa que sea este ó el otro el sultán, con tal que el orden del mundo no sea interrumpido.» El mundo, en la lengua de los hombres de estado otomanos, era la capital del imperio.

## XXVI

Desde su ignorado retiro en la mezquita de los príncipes, Othman hizo llamar al aga de los genízaros que deploraba secretamente el extravío de sus soldados, le encargó que ofreciese cincuenta ducados á cada soldado, una pieza de paño escarlata para su uniforme y un aumento de sueldo de diez aspros por día, si querian volver á la obediencia y deponer á Mustafá I.

Los oficiales, informados de estas ofertas por el general, se mostraron dispuestos á ceder. Al salir el sol se reunieron los genízaros en el patio de su cuartel. El general subió los peldaños de la escalera para que lo oyesen de lejos cuando les arengase; pero los soldados temian que les tendieran algun lazo, sabiendo que su aga habia tenido conferencias nocturnas con los emisarios de Othman. A las primeras palabras de su jefe para hacer un ajuste con Othman: « ¡Abajo! ¡abajo! el traidor, » gritaron del patio á los genízaros, que se hallaban mas próximos al

general: « matad al traidor y no le dejéis continuar. »

Un soldado, cómplice de los demas, empujó al aga al oír estas voces desde lo alto del palacio y lo precipitó sobre las escaleras; mil sables desenvainados lo despedazaron hasta que dió el último suspiro. El teniente, ó kiaya del general, y el tschausch, jefe de su escolta, huyeron á la mezquita para dar parte de este asesinato á Othman, cuyo asilo conocian.

Miéntas que este príncipe y sus últimos amigos deploraban la suerte del aga, que les presagiaba la suya, una banda de genízaros corria al antiguo serrallo á saludar á la sultana madre de Mustafá, y conociendo la imbecilidad de su hijo, la rogaban que nombrase ella misma un gran visir, capáz de salvar el imperio.

« ¿Hay alguno entre vosotros que sepa escribir? » preguntó esta mujer, esclava iliterata, á los soldados. Un simple genízaro, llamado Karra-Mossab, salió de las filas; redactó y escribió bajo la inspiracion de la sultana, los diplomas de las principales dignidades que ella y un soldado daban desde el fondo del antiguo serrallo á aquellos, cuyos nombres se venian á los labios de los sediciosos.

Daud-bajá, yerno y favorito de la viuda de Achmet I, fué nombrado gran visir sin noticia suya; Der-

visch-aga, el que habia montado á caballo al lado del carro grotesco en que la multitud paseaba á Mustafá por las calles, recibió el nombramiento de caballero mayor; en fin, Kara-Mossab mismo, que escribia, fué elevado al rango de gran mariscal de palacio, en recompensa sin duda de la iniciativa atrevida que habia sujerido á la sultana.

## XXVII

Pero los genízaros y el pueblo no aguardaban ya la sancion de un gran visir ó de un muftí para ejercer su autoridad anárquica y su venganza. Dueños del fantasma soberano que rodeaban en el palacio de su aga, le hacian proclamar todos los oráculos necesarios á la soldadesca, con un gesto, un grito, una súplica, favorablemente acogida, apénas era presentada. Los asesinatos del khodja Omar, del antiguo gran visir Nassuh, del tesorero Baki, fueron ratificados despues de su muerte; los del caimakan Ahmed y todos los visires, cuyo nombre llegaba á los labios de un enemigo ó de un descontento, fueron proscritos por aclamacion; todas las medidas de policia ó

disciplina adoptadas contra la desmoralizacion y el desórden de las tabernas en los últimos dias del reinado de Othman II fueron abolidas.

Los soldados, dispuestos siempre á sacrificar las libertades civiles, pidieron unánimemente que el nuevo gran visir, hechura suya, gobernase dictatorialmente el imperio con el despotismo absoluto de un *orta*. El sultan, que no sabia ni rehusar ni consentir, se adheria con un movimiento de cabeza, bajo la inspiracion de dos esclavos negros, que estaban en pié á su lado, como dos nodrizas al lado de un niño.

## XXVIII

Entretanto, los genízaros que acababan de matar á su general en las escaleras de su cuartel se habian diseminado, por indicio de algunos traidores, en busca de Othman II. Señalóseles con el dedo el refugio mas encubierto del príncipe en las cocinas de los pobres, contiguas á la mezquita de las tumbas. Halláronlo envuelto en esteras, sin mas vestido que una camisa ó túnica blanca pegada al cuerpo, y por tur-

bante un gorrillo encarnado semejante al de los eunucos del interior del haren.

Un soldado, por burla ó compasion, le puso su propio turbante. Los otros, sacándolo y empujándolo brutalmente hácia el patio de la mezquita, que resonaba con imprecaciones é injurias, lo hicieron montar en un caballo cojo, flaco y lleno de heridas, que llevaban á los muladares. En aquella picota ambulante mostraban al pueblo al que la víspera, segun la expresion de los otomanos, proyectaba *su sombra sobre el mundo*,

El viejo visir Hussein-bajá, y el jefe de los bostandjis Mahmud, sorprendidos en el mismo asilo, en donde no habian querido abandonar á su señor, eran conducidos detrás del caballo á sablazos dados de plano. Mahmud fué perdonado por los soldados porque habia disimulado, como jefe de la policia, los desórdenes de los borrachos sorprendidos en las tabernas por sus patrullas. En cuanto al viejo visir Hussein, veterano temido de las tropas á causa de sus severas palabras en los campamentos, los genizaros no le perdonaron el haberlos llevado á la boca de los cañones en la última guerra de Polonia y el haber respondido á los que echaban en cara que no economizaba la sangre de los soldados: «¡Qué importa nuestra vida! Lo que importa es la victoria.

¿Le faltan soldados al padischah? Cuando no tengamos burros, montaremos caballos.»

No pudiendo clavar la punta de los sables en su pecho, que defendia la cota de malla que tenía debajo de su caftan, le cortaron la cabeza, la llevaron como un trofeo al sultan, y arrojaron su cadáver á los piés del caballo.

«¡Ay!» dijo Othman, olvidando sus trabajos para llorar á su antiguo amigo; «ese al ménos estaba bien inocente; si hubiese seguido sus consejos, la desgracia no pesaria sobre mi cabeza.»

Estas nobles quejas no ablandaron á los soldados: todo es criminal en las víctimas para la soldadesca, hasta su misma actitud. Si son valientes, las odia, si cobardes, las desprecia. Los sarcasmos no dejan lugar á la compasion: «¡Querido Othman! ¡noble padre dischah!» le gritaban los soldados implacables que buscaban la risa en el suplicio, «jóven y bello príncipe, cuya palabra es la ley del mundo, ¿no gustais de recorrer esta noche las calles de Constantinopla, seguido por vuestros bostandjis para sorprender á los borrachos en las tabernas de vino de los griegos, encadenar á los genizaros y á los spahis en las galeras de vuestra flota, y hacerlos arrojar al mar?» ¡El pueblo aplaudia con estrepitosas carcajadas de cínica jovialidad estas chanzas de cuartel!

Otros, de furor mas grave, le preguntaban: « Si habian sus antepasados levantado el edificio imperial pasando miserables revistas de *seghbans*; si los sirios, los egipcios y los bostandjis habian cons- truido las fortalezas del Eufrates y del Danubio. »

Un genizaro, mas bajo y feroz que los demás, hijo de un platero de Constantinopla, depravado por todos los vicios ignobles de la capital, iba al lado de su caballo, y le pellizcaba la pierna para arrancarle un grito de dolor:

« ¡ Insolente maldito! » le dijo el sultan llorando, sin poderse contener, de vergüenza y de dolor: « ¿ no te acuerdas de que ayer era tu padischah, y de que te prosternabas en presencia del que hoy ultrajas? »

Cuando llegó al cuartel que habia enfrente de la mezquita, á donde Mustafá I habia sido conducido por el pueblo, Othman fué entregado á la guardia y á merced del jefe de los genizaros. Desde la galería de la mezquita se veia la ventana del cuarto en que los genizaros vigilaban á su víctima. Los dos príncipes y los dos reinados se hallaban separados por una plaza. El pueblo y la soldadesca se agitaban entre el cuartel y el templo, los unos saludando con sus aclamaciones al nuevo príncipe, los otros injuriando y maldiciendo al último.

La grandeza trágica y la compasion que inspiraba

tan extraña vicisitud, comenzaban á impresionar mas gravemente á la multitud. Habiendo subido los muezines á las galerías de los alminares para llamar al pueblo á la oracion, corrió por la plaza el rumor de que aquella era la señal del suplicio de Othman. Todos los rostros se volvieron hácia los cuarteles, en donde debia tener lugar la ejecucion:

« No, no, no, » exclamaron mil voces de entre la multitud, dirigiéndose á los genizaros de guardia: « no se debe hacer ningun mal al sultan depuesto. « ¡ Qué el sultan Mustafá reine ahora sobre nosotros! « enhorabuena, así lo queremos, pero que se pre- « serve la vida al sultan Othman para las eventualidades del porvenir. »

El gran visir Daud-bajá, que acababa de presentarse en aquel sitio, subió á la habitacion que servia de encierro á Othman, y llevándolo de la mano á la ventana, lo mostró al pueblo para calmar sus clamores, y atestiguar que estaba vivo todavía.

## XXIX

Esta inesperada emocion del pueblo en favor suyo habia despertado alguna esperanza en el corazon de

Othman II; y se atrevió á apelar al sentimiento y á la razon de sus carceleros: « ¿Qué pretendeis hacer con vuestro emperador? » decia á los soldados conmovidos con los gritos de compasion del pueblo. « ¡Cómo! ¡vosotros, genízaros, apoyos del imperio, consumaríais su ruina y la vuestra! » Luego, apercibiéndose del turbante viejo que llevaba en la cabeza, arrojándolo con indignacion, é implorando á sus guardias con la frente desnuda, los ojos bañados en lágrimas, la voz entrecortada de suspiros: « Si os he ofendido involuntariamente, les decia, perdonadme; ayer era vuestro padischah, hoy me veo desnudo; ¡que os sirva yo de ejemplo! Tambien vosotros tendreis que sufrir quizá las vicisitudes de la fortuna, tambien vosotros tendreis necesidad de misericordia. »

Los soldados se enternecian, el jefe de los chiaux del gran visir, que habia subido con Daud-bajá quiso evitar, ahogando con su voz el efecto de las súplicas de Othman y le echó la cuerda á la garganta para extrangularlo; pero Othman, que lo expiaba, como la víctima que presiente el verdugo, puso sus manos vigorosas entre su cuello y la cuerda, y desatando el nudo corredizo, suspendió al ménos el momento de su muerte.

Los oficiales presentes de los genízaros dijeron al

chiaux que no precipitara nada en tal ocasion, tal lugar y en presencia del pueblo, que lo haria responsable de la muerte de un sultan, que al parecer se queria perdonar. Daud-bajá que habia acudido para precipitar el suplicio que aseguraba el trono á su pupilo, la influencia de su suegra la sultana madre, su propio ascendiente, estimulaba con la vista á los verdugos:

« Bárbaro, ¿qué te he hecho á tí, » le dijo Othman, « para que vengas á mendigar mi suplicio de mis esclavos? ¿No te he librado dos veces de la muerte que el gran visir queria infligirte? ¿No te he devuelto contra la voluntad del divan las dignidades que se te habian quitado? ¿de dónde proviene el aborrecimiento encarnizado que me tienes? »

— « Es una serpiente, gritaba desde la parte opuesta de la plaza la sultana madre de Mústafá á los genízaros indecisos y revueltos; es una serpiente, no la escuchéis; si se libra de vuestras manos, os hará morir á todos. »

Daud-bajá, que oia la voz de la sultana, hizo signo á los verdugos de apretar la lazada; pero los oficiales los apartaron para obedecer al murmullo indulgente del pueblo. Tranquilizado Othman II con su intervencion se volvió hácia el jefe de la guardia, que respondia de él á sus camaradas:

« ¿Quién, pues, te ha dado tu empleo? » le preguntó, juzgando que era él mismo, y que el reconocimiento se despertaría con el recuerdo del beneficio.

— « El sultan Mustafá, » respondió el comandante del cuartel.

— « El sultan Mustafá, repuso Othman, es un idiota, que no sabe siquiera como se llama; ven, abre esa ventana, y déjame hablar á mis servidos res. »

El oficial, subyugado ú enternecido abrió una ventana del aposento que daba al peristilo de la mezquita que tocaba por un ángulo al cuartel de los genízaros. El instinto de la vida en un hombre jóven que no quiere morir, la energía del carácter que no se habia debilitado desde la víspera en el soberano precipitado del trono, la esperanza que los gritos favorables volvian á su alma, el conocimiento de la imbecilidad del competidor que le oponian, la experiencia de la variabilidad de los movimientos populares, la confianza en fin en la impresion que producirian sobre la multitud el aspecto de su desnudez y la elocuencia de sus lágrimas, dieron á Othman acentos tan patéticos como lo eran las circunstancias; habia desconcertado á los soldados, aterrado al gran visir, y no dudaba de dominar al pueblo:

« Mis agas, mis spahis, mis genízaros; gritó á la

« soldadesca que lo escuchaba desde abajo, y vosotros, padres míos, que me habeis protegido en la cuna, defendido en los campamentos, instruido en los divanes, guardado en el trono, si por ignorancia, por juventud, por buena intencion engañada, he prestado el oido á consejos funestos, ¿porqué humillarme hasta el punto de envilecer vuestra propia soberanía? Si no me quereis ya para padischah vuestro, decidlo, yo sabré bajar del trono y morir sin degradarme ni degradaros con esas indignidades que deshonran el nombre otomano. » El pueblo, mezclado con los soldados lloraba oyendo este discurso, y algunas voces pedian que se perdonase el arrepentimiento y se volviese á conducir á Othman al serrallo.

## XXX

La sultana, madre de Mustafá, oyendo la voz de Othman II y el rumor de las ondulaciones de la multitud, habia salido á la galería de la mezquita, y entrado despues á lo interior, atraida por los gritos de terror de su hijo, para tranquilizarlo y hacerle tomar

una actitud mas humana que infantil. Pero el pobre fantasma de soberano apénas habia perdido de vista á su madre, cuando volvía á caer en la misma debilidad. Al menor choque del tumulto exterior producido por la lucha de clamores entre el pueblo y los soldados, se agitaba sobresaltado en su divan. Sentado sobre el mihrab de la mezquita entre sus dos esclavas mudas y atentas, se levantaba asustado, figurándose que los satélites de Othman forzaban las puertas para inmolarlo, se lanzaba hácia la ventana para huir de ellos, y agarrándose á las barras de la reja destrozaba sus manos en los hierros cruzados, como forcejando para que se abriesen y le dejasen espacio por donde escaparse. Sus dos esclavas lo hacian volverse á sentar con mucho trabajo. Los espectadores, llenos á la vez de terror y de compasion, no sabian á quien tener mas lástima, si al hombre que iba á volver á ocupar el trono apesar suyo, ó al imperio que iba á ser dominado por tal señor.

« Ven, ven, cálmate, aquí estoy yo, leon mio, » le decia su madre recibéndolo trémulo en sus brazos, » leon mio, tigre mio, hijo mio, padischah mio, « sé digno de tu pueblo y de tu madre; tú ves que se « arrodillan y que yo no tiemblo. »

Othman por su parte, á algunos pasos del mihrab de la mezquita, aunque en el peristilo de otro edificio

adyacente, luchaba por la vida con la misma intrepidez con que luchaba la sultana por la salvacion de su hijo y por el imperio. Pálido, medio desnudo, la cabeza descubierta, su camisa desgarrada por los hombros, pedia á Daud, al pueblo y á los soldados que se compadecieran de él y de ellos mismos reflexionando á qué soberano iban á entregarse pasando por encima del cadáver de su verdadero padischah.

Los gestos de la sultana, los gritos de Mustafá, y las súplicas de Othman llamaban alternativa ó juntamente la atencion de la muchedumbre. Daud-bajá, colocado siempre con los verdugos detrás de su víctima, se aprovechó de uno de aquellos instantes en que las cabezas estaban vueltas hácia la galería de la mezquita, y mandó por la tercera vez al jefe de los chiaux que echaran el cordon al cuello del sultan.

El comandante del cuartel, que habia prolongado ya la agonía de Othman soltando la lazada y permitiendo á Othman que se presentase en la ventana y hablase á los expectadores, soltó tercera vez el cordon, y se lo tiró indignado á los chiaux. Los genizaros, cuyo primer furor habia tenido tiempo de evaporarse y cambiarse en compasion, aplaudieron el rasgo de humanidad del jefe de la guardia. Daud se retiró aplazando apesar suyo el crimen, y Othman,



confiado á los genizaros se quedó en el cuartel con un puñado de soldados, suspendido entre la vida y la muerte.

## XXXI

El gran visir pasó del cuartel á la mezquita, y se aprovechó del resto del dia para hacer tomar á Mustafá I posesion del serrallo y del trono. El mismo carruage descubierto, tirado por los soldados sediciosos y el populacho que habia conducido á Mustafá al palacio de su madre, lo llevó entre sus dos negras de la mezquita al serrallo. Un innumerable gentío lo saludaba con sus aclamaciones y hacia votos por él. Los otomanos, compadeciendo su doble infortunio, gozando con dar la libertad á un pobre cautivo, olvidaban que iban á sentar sobre el trono á un fantasma.

Durante esta marcha medio triunfal y medio burlesca, Daud-bajá, con el objeto de alejar de su cuartel la masa de genizaros que estorbaba con su presencia sus designios les hizo decir secretamente que Hussein y Othman II habian depositado la vispera

muchas riquezas en el palacio del aga, de donde se habia sacado al príncipe fugitivo para llevarlo á los cuarteles. Al oír esto, los genizaros salieron en tropel del cuerpo de guardia, olvidaron á Othman y se dirigieron al palacio del aga para saquear y repartirse el supuesto tesoro. Allí hallaron á los once verdugos de Hussein, y la distribucion tumultuosa del botin los tuvo alejados, distraidos y embriagados en las tabernas parte de la noche.

Informado Daud del abandono del cautivo, corrió con teas, acompañado de chiaux y de bostandjis al cuartel, bajo el pretexto de trasladar al sultan destronado á una prision mas digna de la majestad del prisionero. Esta escolta, alumbrada con hachas, condujo á Othman á través de las calles que obstruia el gentío al castillo de las Siete Torres. El pueblo, que seguia con impresiones diversas aquel cortejo, se retiró poco á poco despues que se cerraron las puertas de la nueva prision del infortunado príncipe.

Corria el rumor de que no se atentaria á su vida para volverlo arrepentido y enmendado al trono, si se probaba otra vez mas la incapacidad de reinar de su tio. Ningun otomano desinteresado en la cuestion del trono pensaba ni queria su muerte. Solo la deseaban aquellos pocos, que temian por los ultrajes que le habian hecho no ser jamás perdonados ni vivir

tranquilos, tales como Daud y la sultana, dueños ya de la persona de Othman, cuya vida los condenaba á temblar por su dominacion y hasta por sus cabezas.

Así, apénas se hubieron cerrado las puertas del castillo de las Siete Torres, en que acababa de entrar Othman II, apénas el silencio exterior anunciaba la dispersion del pueblo fuera, Daud-bajá, acompañado por el jefe de los djebedjis y de dos robustos chiaux entró en el cuarto del preso con el cordon de seda en la mano.

Othman, á quien veinte horas de angustias no habian abatido su energía y vigor, y que habia eludido tres veces el suplicio retardándolo, peleó desesperadamente contra sus cuatro asesinos. La prision, en donde se hallaban encerrados, resonó mucho tiempo con los gritos, y los golpes de una lucha terrible entre este jóven de diez y ocho años y los verdugos ejercitados en el suplicio. Largo rato se prolongó esta en las tinieblas; Othman confiaba sin duda, sosteniéndola hasta que sus fuerzas se agotasen, en que el ruido llamaria en su socorro á la guardia, ó en que el pueblo forzaria las puertas á la voz de su sultan. La guardia era cómplice y el pueblo estaba ausente.

El jefe de los djebedjis llegó al fin á echar y apretar el nudo del cordon al rededor de la garganta de

Othman, miéntras que Daud y los chiaux, de rodillas sobre su pecho, se esforzaban en sujetar sus brazos y sus piernas. Sus esfuerzos reunidos no bastaban para contener á este leon, cuando uno de aquellos feroces ejecutores, llamado Kalender-Oghli, ejercitado en el vil oficio que desempeñan los eunucos, cogió con mano de hierro y destrozó los órganos de la generacion de Othman. El dolor le arrancó un grito terrible al jóven; quedóse desmayado y en aquella situacion exánime fué estrangulado.

Daud le cortó una oreja con su propio puñal, y la envolvió en su pañuelo de seda para llevar á la sultana Validé esta prueba segura de la realidad de la muerte de Othman II y de la seguridad del reinado de su hijo. Aquel era el primer sacrilegio de los otomanos contra la majestad de la *sombra de Dios*.

## XXXII

M. de Hammer, cuya erudicion opone con frecuencia raza á raza, crimen á crimen, en provecho de la experiencia humana, ha hecho un paralelo entre la muerte del emperador griego Andrónico, y la del em-

perador turco Othman, que juzgamos conveniente citar :

« La suerte de Andrónico, y la de Othman II, dijo,  
 « presentan grandes semejanzas. Cuando Andrónico  
 « fué conducido á Chilai (hoy Bebek), en donde ha-  
 « bia encerrado y privado de la vista anteriormente  
 « á Alexis Comneno, el mar, como si recordase las  
 « ejecuciones que tantas veces habian ensangren-  
 « tado sus olas, lo arrojó con violencia á la playa.  
 « Cargado de cadenas por los arqueros, sufrió en  
 « presencia de su competidor Isaac los mas igno-  
 « miniosos tratamientos; lo abofetearon, le dieron  
 « de puntapiés; las mujeres de los que habian sido  
 « condenados á perpétua oscuridad por orden suya,  
 « le arrancaron los cabellos y le rompieron los dien-  
 « tes; cortósele una mano, sacósele un ojo, y fué en-  
 « cerrado en la torre Anemas del palacio de los  
 « Blakernes. donde lo dejaron sin darle ningun ali-  
 « mento. Algunos dias despues le arrancaron el ojo  
 « que le quedaba, y fué paseado por la ciudad en un  
 « camello sarnoso para diversion del populacho. Al-  
 « gunos descargaron sus mazas en su cabeza, otros  
 « vertieron sobre él vasos llenos de aguas sucias y le  
 « llenaron las narices de barro; algunos le mojaron  
 « los labios con esponjas mojadas en inmundicias.  
 « Despues fué colgado en el hipódromo, junto á las

« dos columnas, entre las estatuas de la loba y de la  
 « hiena; en medio de sus sufrimientos exclamaba:  
 « *Señor, apiadaos de mí, no rompáis una cáña ya*  
 « *quebrantada.* Los malvados lo despojaron de sus  
 « vestidos; uno de ellos le clavó una pica, que en-  
 « trándole por la garganta le llegó hasta el vientre.  
 « Dos latinos le atravesaron los costados con sus es-  
 « padas para ver cual de ellas estaba mejor templada.  
 « En seguida espiró llevando á su boca el muñon  
 « sangriento de su brazo, cuya sangre queria proba-  
 « blemente chupar. Este suplicio fué el mas ignomi-  
 « nioso y cruel de cuantos se infligieron á un sobe-  
 « rano destronado, sobrepujando la barbarie bizantina  
 « á la barbarie turca. »

No desarrollaremos este paralelo sangriento del historiador aleman en beneficio ó para excusa de uno ó de otro crimen. Solo diremos que Andrónico habia merecido la muerte y que Othman solo era digno de compasion. Pero todo suplicio, aun el de un príncipe culpable es un crimen cuando es ejecutado sin previo juicio; el pueblo que mata sin derecho, sin jueces y sin piedad, deshonor la humanidad en vez de vengarla, cometiendo otro crimen.

El reinado de Othman II no dejó mas que su cada-  
 ver á la historia de los otomanos.